

tiana con reserva y moderacion en vuestro trato, con visitas de iglesias, con fervorosas oraciones, con dar limosnas y ejercitar otras obras pias; si habéis retardado el convertiros, porque pensabais al ménos hacer poco á poco lo que por ventura se os hace demasiado duro, ó no tenéis ánimo para ejecutarlo de una vez, desenredándoos uno á uno de vuestros lazos, retirándoos poco á poco de aquella casa, apartándoos poco á poco de aquellas personas y abandonando poco á poco aquel corrillo: diré que el disminuir en tal caso poco á poco vuestros excesos y vuestras culpas, que el acostumbrar vuestros apetitos á la moderacion y á sufrir el yugo, y en suma que el continuar vosotros con tan buena voluntad de asegurar mucho mejor vuestra conversion, podrá servir así como á vosotros de disposicion para recibir la gracia con que efectuarla, así tambien á Dios de incentivo y estímulo para concedérsela. Pero confesádmeme francamente la verdad, mis amados oyentes, ¿son estos vuestros pensamientos? son estas vuestras ideas? son estos los motivos de vuestra retardacion? Por qué pues diferís todavía el enmendaros? respondédme: por qué? Pero bien claro responden por vosotros vuestros hechos. Porque os parece que no se han desahogado bastante vuestros caprichos y que aún no están bastante satisfechos; por esto vais retardando el mudar de vida, para tener mas tiempo de vivir como ántes, mas tiempo de satisfacer vuestra lascivia, mas tiempo de contentar vuestra vanidad, mas tiempo de saciar vuestra glotonería, mas tiempo de ensangrentaros en vuestros enemigos, mas tiempo en suma de desahogar todas vuestras culpadas pasiones. Este y no otro es el motivo de tomarse tiempo, porque este y no otro es el uso que hacéis del tiempo. Y ahora que habéis contentado vuestros apetitos cuanto os ha sido posible, ahora que estáis bien empapados hasta los huesos de iniquidad, ahora que os causan náusea vuestros pecados de tanto cometerlos, ¿pensáis estar mas dispuestos para dejar la mala vida, y que Dios lo está tambien para daros la gracia con que poder dejarla? Qué delirio! qué locura! qué frenesí! Y ¿qué es esto, considerándolo bien, sino esperar que Dios os dé su gracia, y una tal gracia, por miramiento justamente á tantas horribilísimas impurezas, á tantas y tan atroces injusticias, á tantas de las mas brutales sensualidades y á tantos enormísimos ultrajes hechos á su nombre, á su ley y á su bondad? Hé aquí á lo ménos la disposicion con

que intentáis cegar el camino á la grande, á la preciosa, á la inestimable gracia de vuestra conversion. Ah, cristianos! quién os deslumbra así, quién os ciega, quién os trastorna? Dónde estás, Sanson? No hay hecho en la sagrada Escritura mas notorio que este; pero tampoco lo hay mas instructivo para nuestro intento. Y efectivamente ¿qué causa puede en realidad señalarse mas natural y verdadera de haberse Dios alejado de un hombre, tan maravilloso por su fortaleza, y de haberle abandonado, como la de haber él creído que, aunque se hubiera expuesto á mil riesgos, no le hubiera dejado jamas? Saldré como ántes lo he hecho, andaba neciamente diciendo entre sí, saldré como ántes lo he hecho, y me sacudiré de ellos (1): como si quisiese decir: bien puedo, por complacer á mi Dálila, dejarme ligar con cuantos lazos guste; bien puedo sin temor consentir en ello; bien puedo tener confianza. Acaso piensa la astuta hacerme traicion y quiere entregarme á los filisteos; pero ¿qué importa todo esto, con tal que se cumplan mis deseos? De todos modos yo tengo siempre en mis brazos la seguridad de escapar de cualquier peligro. ¿No he roto casi sin esfuerzo los fuertes cordeles con que estaba atado, y no he arrancado de sus quicios y llevado sobre mis espaldas las puertas de una ciudad, aunque tan pesadas? De esta manera pensaba Sanson, hasta que habiéndole cortado la perversa Dálila los cabellos y raídole la cabeza, fué á un mismo tiempo, sin que lo advirtiese, abandonado de sus fuerzas y de Dios (2). Ó desdichado! vé ahora, prisionero débil y ludibrio vil de tus enemigos, vé ahora á llorar tu necia presuncion entre las dobles tinieblas de una oscura cárcel y de una dolorosa ceguedad. Saldré, páreceme oírte decir á ti tambien, pecador: yo quiero ciertamente abandonar de una vez aquella amistad, quiero retirarme al fin de aquella casa de juego, y quiero poner freno á aquel mal hábito; pero no es necesario que se haga tan presto. Entre tanto Dios no me falta, y está siempre pronto para asistirme con su gracia. — ¿Está siempre pronto para asistirme con su gracia? Y con cuál? ¿Con aquella que se te da y con que se puede hacer todo lo que dices? Es verdad. Con aquella que tú esperas y con que se hace? Es falso. Y porque le supones siempre pronto para asistirme con su gracia, no te das ninguna

(1) *Egrediar sicut ante feci, et me excutiam.* Judic. c. 16. v. 20.

(2) *Nesciens quod recessisset ab eo Dominus.* Ibid.

prisa á hacer buen uso de ella! Pues bien: ya Dios se retira de ti, ya Dios se aleja, é imponiéndote aquel fatal castigo, con que tantas veces te amenaza por sus profetas, ya Dios te abandona; y ¡desdichado de ti, miserable, exclama él mismo por Oséas, si yo llego al extremo de abandonarte! (1) No esperan otra cosa tus enemigos para arrojarse sobre ti, para sorprenderte y aprisionarte, y como vencedores regocijarse con su presa y burlarse de tu perdicion (2).

Pero, amadísimos pecadores, si aún esperáis esta gracia vigorosa que os excite, si aún esperáis una misericordia particular que os anime, héla aquí en estos días, héla aquí en este momento: en estos días, digo, en que han cesado las glotonerías, se han cerrado los teatros, se han deshecho los corrillos de los ociosos, y en que las paredes, los altares y los sacerdotes, adornados y vestidos de luto, respiran por todas partes compuncion y piedad (3). Héla aquí en este momento, sí, en este momento mismo en que Dios, como bien lo oís vosotros, os llama con voz mas amorosa, os estimula con mas fuerte inspiracion y os convida con mas ternura, diciéndoos al corazon: vuélvete á mí y yo te recibiré (4). ¿Por qué andas, pecador, extraviado todavía y léjos de mí? De quién te ocultas? de quién huyes? Cómo, miserable y engañada paloma, dejas tu nido? cómo, oveja descarriada, dejas tú fiel pastor? cómo, hijo desamorado, dejas á tu amado padre? cómo, alma pecadora, dejas á tu buen Dios? Ah! ven acá, qué temes? ¿que yo acaso no pueda, ó no quiera olvidar tus delitos? Los sé ya: sé, esposa infiel, todas tus deslealtades; pero tambien quiero perdonártelas: sé que me has vuelto indignamente las espaldas, por arrojarte aún mas indignamente á los brazos de impuros amantes (5), y sé ademas que cualquiera otro esposo que yo no fuese, no querria ciertamente mirar mas á la cara á una esposa que se hubiera conducido como tú lo has hecho; pero léjos de ser yo así, te aseguro que desde el día que me desposé contigo en el bautismo, no he podido olvidarme de ti, ni del amor que en ti puse, ni de la gra-

(1) *Væ... cum recessero ab eis.* Os. c. 9. v. 12.

(2) *Deus derelinquit eum, persequimini, et comprehendite eum.* Psalm. 70. v. 11.

(3) *Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.* II. cor. c. 6. v. 2.

(4) *Revertere ad me... et ego suscipiam te.* Jerem. c. 3. v. 1.

(5) *Fornicata es cum amatoribus multis.* Ibid.

cia que te di. Mira que para acogerte de nuevo tengo todavía abierto este pecho, extendidos estos brazos y herido mi corazon. Vuelve pues á este corazon y haz la prueba de si aún te ama. Vuelve, digo, y no quieras mas hacerte sorda, vuelve y no quieras mas ser obstinada, vuelve que acaso el tiempo te faltará, vuelve que acaso yo no te acogeré mas. Hermanos, hermanas, si esta vez no correspondemos á sus llamamientos, ¿mereceremos que vuelva á llamarnos?

### SEGUNDA PARTE.

En las dos espantosas incertidumbres que tenéis, pecadores morosos, acerca del tiempo en que podréis convertiros y de la gracia con que habéis de hacerlo, una sola cosa hay cierta difiriéndolo todavía, y es la mayor dificultad que, siempre que lo queráis hacer, encontraréis infaliblemente en ello. Para explicarnos esto con brevedad, echád una mirada al profeta Ezequiel en el acto de querer pasar no sé qué torrente que le cortaba su camino. Métese poco á poco el profeta en el torrente, y no sabiendo si era fácil ó difícil de vadear, camina primero con rezelo y lentitud; pero habiendo observado que apenas le cubria el agua los piés, llegó á meterse hasta la cintura. Pero Ezequiel no retrocede, y haciendo intempestivamente de animoso, se introduce mas en el torrente hasta que lo encuentra tan crecido é hinchado que desconfía de poderlo romper y vadear (1).

Vengamos á la aplicacion. En un turbio y cenagoso torrente os metisteis vosotros, mis amados cristianos, cuando comenzasteis desde jovencitos á sumergiros en aquellas sucias y asquerosas deshonestidades. No bien lo echaron de ver vuestros prudentes directores, cuando os dijeron: retrocedéd, retrocedéd, detenéd el paso, no os engolféis mas. Huíd de esos compañeros, rompéd esas amistades, y hacédlo presto, pues de otra manera... — Vosotros, ó no dando crédito á sus amonestaciones, ó despreciándolas quisisteis ir adelante y continuasteis así, guiados de vuestros caprichos y de vuestras pasiones. Y bien, cómo va al presente? Ah! los torrentes de iniquidad, diréis, si habláis con verdad, los torrentes de iniquidad nos conturba-

(1) *Intumuerant aquæ profundæ torrentis, qui non potest transvadari.* Ezech. c. 47. v. 5.

ron (1). Multiplicándose cada dia mas el número de los pecados y aumentándose diariamente la fuerza de los malos hábitos, os veis ahora rodeados por el furor de unas aguas cenagosas é impuras, y embarazados de tal manera que mirando la orilla que habéis dejado, no os parece posible volver á ella. No obstante procura el buen confesor animaros todavía, porque no desconfiéis del todo, diciéndoos incesantemente: ánimo, ánimo, no pongáis duda en que al fin saldréis á la orilla. Y ¿cuántas veces, con un cierto murmurar y refunfuñar de medio desesperado, le habéis respondido arrojando un profundo suspiro: padre, no sé qué hacerme: no puedo, padre, no puedo? ¿Sueño yo, cristianos, ó hablo verdad? ¿Es esta una mera invencion mia, ó un caso práctico que todos los dias sucede?

Y ¿qué será, añado yo, si ni aún ahora os resolvéis á convertirlos y queréis retardarlo todavía? ¿Cuánto crecerá la dificultad y cuán fácilmente llegará casi á lo imposible! ¿Cómo puede ser que no os hagáis el cargo, de que os será sin comparacion mas difícil descubrir en la confesion una culpa, cuando callada mucho tiempo y aumentado tanto mas el rubor, os hayáis acostumbrado á no recibir los sacramentos, ó á recibirlos con labios sacrílegos? ¿de que os será sin comparacion mas difícil restituir los bienes usurpados, cuando habiéndolos poseído muchos años, casi no podréis distinguirlos de los vuestros, y cuando habiendo gozado ya sus frutos, tendréis que resarcir tantos mas daños? ¿de que os será sin comparacion mas difícil volver su crédito á una persona, cuando la hayáis infamado largo tiempo con vuestras horribles detracciones? ¿de que os será sin comparacion mas difícil abandonar aquella amistad perversa, cuando por una larga familiaridad se haya estrechado mucho mas, y mucho mas os hayáis aficionado al placer pecaminoso, pudiéndose decir que siendo ya vuestro descaro como el de una ramera, no queréis tener vergüenza (2); esto es, que habéis llegado á lisonjearos y vanagloriaros de vuestro delito? Ó amados oyentes! reflexionád por último sobre los engaños y fraudes del tentador. No quiere el demonio que os convirtáis ahora, y entre tanto os va lisonjeando con la esperanza de me-

(1) *Torrentes iniquitatis conturbaverunt me. Psalm. 17. v. 51.*

(2) *Frons mulieris meretricis facta est tibi, noluit erubescere. Jerem. c. 3. v. 3.*

jor ocasion, de un tiempo mas oportuno, de una solemnidad mas devota ó de un año santo. Y sabéis por qué? Porque no os convirtáis nunca. Ojalá no fuese verdad! Pero aún cuando tengáis mucho tiempo, no asistiéndoos probablemente la gracia y aumentándose cada vez mas la dificultad, demasiado cierto es que será así. Declaráos de una vez, amadísimos pecadores, y decid claramente que no queréis convertirlos jamas; decid que no hacéis ningun aprecio de este buen Dios; decid que es demasiado el placer que tenéis en ofenderle, y que no os tiene cuenta renunciar tantas complacencias por complacerle á él. Añadid, que si cree habérselo esto merecido con dar su sangre y su vida por vosotros, está muy engañado, y que no es este un título para tener derecho de exigir tanto. Añadid finalmente, que tome el tiempo como venga, y que si no lo quiere así, mas que todo su amor y toda su gracia os importa una sola de vuestras satisfacciones, uno solo de vuestros placeres. Sí, ven acá y dile todo esto, alma ingrata; díselo aún á la vista de estos clavos y de estas llagas; díselo, pero no te quejes despues. Ó fieles míos! ¿podréis llegar á tal extremo con este buen Crucificado? Aún cuando tuvieseis, que ciertamente no lo tenéis, algun motivo para quejaros de él, ¿son tan leves y tan pocos los disgustos que le habéis dado hasta ahora, que no estáis todavía satisfechos? Infelices pecadores, baste lo ya hecho, baste lo ya hecho, que demasiado es. Ó Dios mio! no permitáis que hoy sean inútiles mis palabras, y dadme por lo ménos una alma. Aquí está, y bien advierte que hablo á ella y de ella (1). Así sea.

(1) *Hodie si vocem Domini audieritis, nolite obdurare corda vestra. Psalm. 94. v. 8.*